

Y no hay duda que estas sabias enseñanzas del Rey Prudente perduraron, al través de los años, en el espíritu de sus hija preferida, Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos; la historia nos conserva una carta suya dirigida en 1610, desde Bruselas, a su hermano el Rey de España Felipe III.

«Ahora quiero contar de nuestra caza de Marymont, que por mi honra no lo habría de hacer, pero será con condición que V. M. se ría un poco y no me dé la vaya. Deseábamos mucho matar un ciervo con yerba (el famoso procedimiento tan genuinamente español, de envenenar la jara o lance de ballesta) porque acá es cosa tan nueva que en viéndola huyen della y de la ballesta, como si fuera el demonio, que sólo de miralla piensan los ha de matar; y es de manera que á un secretario le hizo Don Pedro de Toledo entender que un pedazo de corzo, que comían en el estado, estaba muerto con ella, y se levantó de la mesa y se fué á su aposento y hizo sacar cuantos cuchillos y tijeras había y las espadas, y no osó salir hasta que le desengañaron.

»En fin, yo fuí una mañana a tirar al ciervo, y mi primo me puso en un lazo y me le fué á echar, porque tampoco hay quien lo sepa acá, ni se usa esta manera de cazar, y quedó conmigo el Duque de Umala, que tiene tanto miedo á la yerba como el secretario.

»Salieronme cuatro ciervos, y cuando voy a tirar al uno, rompeseme la cuerda de la ballesta, que en mi vida he tenido mayor rabia, ni mayor risa, porque el Duque pensó que ya estábamos todos muertos; no teníamos allí otra cuerda ni otra ballesta y así le maté con el arcabuz.

»Era muy grande y el primero que se ha muerto en el parque, que quisiera harto poderlo envialle a V. M. por la posta, porque no he comido mejor cosa.»

En otras misivas sucesivas se refleja el recio temperamento de la Españolísima Gobernadora:

«Y otra vez que iba yo a tirar (un ciervo) echado, llevando el de Umala la ballesta tras mí, rómpese otra vez la cuerda, que él quedó el más perdido hombre del mundo. Quedamosnos con las ballestas sin cuerdas, y dijeron que en Mons había uno que las hacía muy bien y así envió mi primo por él, que es tres leguas de allí y pidió un carro para traer el aparejo para ponellas y al cabo trujo un injenio que solo la mancuera no cabía en la casa.

»Anduvimos no sé cuantas mañanas sin poder tirar nada; que están tan salvajes allí los ciervos y el bosque es tan cerrado que es menester sudar bien para poder tirar: y para mí no es lo peor, porque en estando mansos no los puedo tirar de buena gana; y así hicimos llevar la comida al campo, que no fué el peor día y después de haber sesteado cabe un arroyo, donde se olgaron arto las damas, anduvimos más de tres horas para poder tirar y muchas veces casi á gatas.

»Ya que era tarde, yo entré á hurto á dos ciervos hermosísimos y tiré al uno, no á ocho pasos de mí y tan sin sentirme que nunca dexó de comer; pero lo erré lindísimamente; yo creo de pura cudicia.»

No contenta nuestra Infanta con su actuación personal, como vemos en sus epístolas, no olvidó la parte religiosa; la singular devoción de los Monteros a su Santo Patrono San Huberto.

Así, encargó en 1610 a su arquitecto W. Coeberger, la erección de una capilla en honor del Santo, en el lugar de Tervueren, situado en las orillas mismas del bosque de Seigne, tan querencioso para los venados.

Como más adecuado para la nueva Capilla, escogió la Archiduquesa el sitio en que estuvo situada la casita forestal usada por San Huberto para su descanso y en la que acabó sus días; se conservaban aún las ruinas de aquella humilde

construcción donde durante muchos años los monjes de la Abadía de Parcq habían celebrado diariamente una misa al amanecer.

El nuevo edificio se componía de una sola nave de diecisiete metros de largo por seis de ancho; y sus muros se adornaron con magníficas pinturas de Gapard de Crayer (la conversión de San Huberto), Teodoro van Loon, Breughel, Van Dyck y otros.

La solemne inauguración tuvo lugar en 1617; precedía al cortejo un sacerdote que llevaba entre sus manos el cuerno de caza de marfil que perteneció al Santo Montero; seguía un diácono portador del privilegio antiguo original, en el cual se aseguraba que «cualquier perro rabioso de Tervueren o sus alrededores, gracias a la protección del Santo, se volvería completamente inofensivo y no intentará morder á nadie, antes al contrario huirá hacia el bosque Señorial, escondiendo su cabeza en un rincón de la capilla, en el que morirá tranquilamente».

Seguía bajo un magnífico palio, cuyas varas eran llevadas por seis gentiles hombres de la Casa de los Archiduques, el Arzobispo de Malinas, Mathias van Hove, que había de consagrar el templo, y por último, los Archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia.

Mientras nuestra Infanta y Archiduquesa se dedicaba al noble deporte, allá en Flandes, en Madrid no permanecía ociosa la Reina Margarita de Austria, esposa del Rey Felipe III; su afición cinegética, movió la pluma de Góngora y escribió este soneto:

Clavar victorioso y fatigado
Al español Adonis vió la Aurora
Al tronco de una encina vividora
Las prodigiosas armas de un venado
Conducida llegó a pisar el prado
Del blanco cisne que en las aguas mora,
su Venus alemana, y fué a tal hora,
que en sus brazos depuso su cuidado.
Este trofeo, dijo, a tu infinita
beldad consagro; y la lisonja creo
que en ambos labios se la dejó escrita.
Silbó el aire, y la voz de algún deseo.
Viva Filippo ¡viva Margarita,
dijo, los años de tan gran trofeo!

En mi *Historia de la Montería en España* publiqué varias cartas de la Reina Doña Mariana de Austria, esposa de Felipe IV, y de las Infantas María Teresa (reina de Francia, luego, por su matrimonio con Luis XIV) y de Margarita María, a su Teniente de Aya la Condesa de Salvatierra; en estas simpáticas epístolas se refleja la sencillez de estas Princesas y su gran afición a la caza.

También las grandes señoras eran sumamente diestras en el manejo del arcabuz; y a veces ejercitaban su buena puntería no sólo en los venados y jabalíes, sino hasta en los indiscretos que pretendían seguir las contra su deseo, en la práctica del deporte venatorio.

Veamos el curioso lance sucedido en la Casa de Campo, cerca de Madrid, a la Marquesa de Leganés.

«Este miércoles pasado (escribía el P. Sebastián González al P. Rafael Pereyra á 3 de Septiembre de 1647) fué la Marquesa de Leganés á la Casa de Campo á tirar, como suele otras veces. Iban con ella sus dos hijas y su sobrina la Condesa de Mora. Acertó á ir también el Almirante, en su coche, las cortinas corridas, y dos damas con él, vestido como de campo. Iba el coche del Almirante siguiendo al de la Marquesa, porque las damas que el Almirante llevaba, tuvieron